



J. Mendez, dib<sup>o</sup> y lit<sup>o</sup>

Lit de J. Dozon Madrid.

MUJERES CÉLEBRES.

DA SANCHA  
(Mujer de Fernando el Magno)

## DOÑA SANCHA,

MUGER DE FERNANDO EL MAGNO.

Reinado era Castilla,  
Reinado, que no condado:  
Don García fué el primero  
Que por Rey se ha coronado.

À Bermudo de Leon  
Su mensaje habia enviado,  
Demandándole su hermana  
Por con ella ser casado.  
Don Bermudo hubo por bien  
De hacer lo que le es rogado.  
Concertaron que se hiciesen  
Las bodas que han concertado  
En Leon, esa ciudad  
Cabeza que es del reinado.  
Llegados son à Leon  
Don García y su cuñado,  
Con Don Sancho de Navarra,  
Que los iba acompañando.  
Don García entra dentro,  
Los suyos deja en el campo.  
Los hijos del Conde Vela,  
Que de Castilla hobo echado  
Su padre de Don García,  
Por maldad que habian obrado,

Por vengar la su deshonra,  
La gran traicion han trazado  
De matar à Don García,  
Aunque eran sus vasallos.  
Disimulan la enemiga,  
Al Rey besaban la mano ;  
El Rey los recibe bien,  
Recibiólos como à hermanos :  
Tornóles toda la tierra  
Que su padre habia tomado.  
Fuese à ver à Doña Sancha,  
Que lo habia mucho en grado ;  
Cobraronse gran amor,  
Ambos de sí se han pagado,  
Doña Sancha dijo : Infante,  
No fuisteis bien aconsejado  
En no traer vuestras armas,  
Y venir bien à recado ;  
No sabeis quién mal os quiere,  
Dello mucho à mí ha pesado.  
—Nunca hice mal ninguno,  
Señora, Dios sea loado,  
Le respondió Don García,  
Y armas me fuera escusado.—

Las manos ponen por obra  
 La traicion que han acordado.  
 Fuéronse para la plaza,  
 En ella arman un tablado ;  
 Debajo llevan las armas ;  
 Gran revuelta habian trabado  
 Con los vasallos del Rey,  
 Sobre tirar al tablado ;  
 Cerraron todas las puertas,  
 Que ninguna habian dejado ;  
 Matan muchos caballeros  
 De los buenos castellanos,  
 El Infante que lo supo  
 Á la gran grita ha llegado ;  
 —Quedos estad, los traidores,  
 No matedes mis criados.—  
 Los Condes fueron á él  
 Con los venablos alzados ;  
 Quisieronlo allí matar,  
 El Infante entró en sagrado  
 En Santa María de Regla,  
 Mas allí lo habian cercado.  
 Prendieronlo dentro della,  
 Llévanlo muy deshonorado  
 Ante el Conde Don Rodrigo,  
 Pariente de los malvados.  
 —No me matedes vosotros,  
 El Infante habia hablado,  
 Darvos he muy grandes bienes  
 En Castilla mi reinado.—  
 Gran duelo hobo del Don Nuño,  
 A los Condes ha rogado  
 Que no maten al Infante,  
 Mas ellos no lo han en grado,  
 Y la Infanta Doña Sancha,

Que supo lo que es contado,  
 Fuése para allá corriendo ;  
 Grandes voces iba dando :  
 —Al Infante no matedes,  
 Que vos será demandado,  
 Pues que sois vasállos suyos,  
 Y obligados á amparallo.  
 Á mí matad, que no á él,  
 Y en él no pongais la mano,  
 Pues contra vosotros, Condes,  
 En nada no es él culpado.—  
 El Conde Fernan Flayno  
 Á la Infanta habia llegado ;  
 Dióla muy gran bofetada,  
 En sangre la habia bañado.  
 Gran pesar tomó el Infante ;  
 De traidor lo está llamando ;  
 Los Condes, como alevosos,  
 Grandes feridas le han dado ;  
 Muerto cayera en el suelo,  
 El primer que le hobo dado  
 Fué el Ruy Vela, su padrino  
 Cuando fuera baptizado.  
 La Infanta desde lo vido,  
 Sobre el Infante se ha echado ;  
 Tomóla Fernan Flayno,  
 Como muy desmesurado ;  
 Dió con ella por el suelo.  
 Y por una escala abajo,  
 Los malos con crueldad,  
 Al Infante habian tomado,  
 Dieron con él por el muro,  
 Cayó do está su cuñado  
 Don Sancho, Rey de Navarra,  
 El cual muy bien lo ha vengado <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> SEPÚLVEDA: *Romances nuevamente sacados de historias antiguas, etc.* Parece como los suyos del siglo XVI.

La triste historia, conservada por la poesía popular en el romance anónimo que acabamos de transcribir, nos presenta uno de los primeros acontecimientos, que hicieron célebre entre sus contemporáneos á Doña Sancha, infanta de Leon, designada por la Providencia para realizar altas empresas y adquirir inmarcesible gloria.

Hija de Alfonso V y de Doña Elvira, cuya biografía ya hemos presentado á nuestros lectores, y hermana por lo tanto de Bermudo III, á la muerte de D. Sancho, vió pretendida su mano por los mismos burgaleses para D. García, hijo y sucesor del difunto Conde de Castilla.

Estaba el de Leon enlazado en matrimonio con la hermana del castellano D. Gimenez, lo cual unido á la justa fama que por sus relevantes cualidades gozaba D. García, fué causa de que el Rey acogiese de buen grado el pensamiento; por lo que se acercaron los castellanos á « Leon con su conde » para terminar los acuerdos acerca del proyectado enlace.

Era D. García, al decir de las antiguas crónicas, « gallardísimo jóven, hermoso con los vivos colores de trece años; y deseando satisfacer, ó empeñar mas el amor con la vista de su aplaudida Dama, dejó en Sahagun la tropa y pasó en secreto á verse con su esposa. » Reflejándose tambien en su frente los puros albores de la adolescencia, hermosa Doña Sancha, y embellecida más aun con los atractivos del ingenio y del sentimiento, tan prendados quedaron uno de otro, que no quisieran dejar nunca de verse; pero como no siempre la soñada ventura es la felicidad conseguida, indignos caballeros olvidados de Dios y de sí mismos, dieron muerte al jóven soberano de Castilla, como narra en su monótono y sencillo ritmo, el romance popular con que encabezamos estas líneas. Tan horrible atentado, que causó en la Côte la turbacion que fácilmente se comprende, produjo tal efecto en la infanta, « que no es decible el dolor de aquella esposa, amante, doncella y viuda al mismo tiempo: sus lágrimas se mezclaban con la sangre del inocente, y mas afectada por la pérdida de su prometido, que por los malos tratamientos de que tambien fué objeto en aquel nefando dia » el golpe que hirió el cuerpo del amado, descargó dolo-

res mas prolongados en el corazon de la enamorada «y ya que el cuchillo no cortó las dos vidas á un tiempo, clamaba que la enterasen con su esposo <sup>1</sup>.»

Amorosa pena, que dando clara muestra del apasionado corazon de la doncella, guardabá fecundas promesas para lo porvenir, cuando cerrada por el cristiano bálsamo de la resignacion la herida tan rudamente abierta por la alevosia, pudiera dedicar la infanta su ternura á conseguir la felicidad de otro esposo, y la de los pueblos que Dios les enviaba á gobernar.

Casado el Rey D. Sancho de Navarra con la hermana del difunto Conde de Castilla Doña Elvira, cuya historia acabamos de narrar en la biografía precedente, vióse (despues de vengar con rigurosa muerte á su cuñado, quemando vivos á sus traidores y desalmados asesinos), engrandecido con aquel nuevo Estado, cuyo trono recaia en su esposa. Pero, como no contento con aquella inesperada herencia, quisiera adquirir mas en el Reino de Leon, entrando por los Estados de Don Bermudo y estendiendo su ya vasto dominio por la fuerza de las armas, aprestóse el leonés á rechazarle con poderoso ejército, no inferior en número á la verdad al que habia llevado el de Navarra, hasta los llanos de la antigua Laucia.

Prontos estaban á entrar en fratricida lid ambos monarcas, cuando los obispos de uno y otro reino se presentaron como mediadores, deseosos de que no se malgastase por mas tiempo en estériles y civiles discordias un valor y un esfuerzo, tan necesarios para el triunfo de la causa comun del cristianismo. El último califa Omeya acababa de caer, arrastrando consigo la mal trabada unidad del imperio musulmico español, y era por lo tanto aquel momento oportuno para destruir de una vez el quebrantado poderio de los mahometanos en lugar de distraer sus armas y prodigar su sangre los cristianos en luchas intestinas.

Por dicha de ambos reinos la razon dominó á la fuerza: los sábios

<sup>1</sup> Rodrig. de Tól. lib. 3, cap. 25.

y prudentes prelados lograron que su bien meditado consejo encontrase pronta acogida, y la Infanta Doña Sancha fué el iris de paz en la deshecha borrasca que amenazaba á leoneses y navarros.

Bien habian transcurrido ya tres años (1032), desde que traidora muerte le arrebató á su prometido esposo, y el recuerdo de su triste fin llenaba todavía de pesar el corazon de la virtuosa doncella; pero comprendiendo que el nuevo enlace que se la proponia era lazo de union entre dos pueblos, y el medio de evitar una guerra sangrienta y duradera, aceptó la oferta que se le hizo de la mano del Principe Fernando, hijo segundo del Rey de Navarra.

Acogida tan fausta nueva con alegría por ambos pueblos, no son de estrañar los festejos y regocijos á que en todas partes se entregaron; y celebradas las bodas con la mas suntuosa solemnidad, quedaron los jóvenes esposos con el titulo de Reyes de Castilla, cuyos Estados aumentaba todo el pais que Sancho, al principio de la campaña, habia conquistado entre el Pisuerga y el Cea, concesiones una y otra hechas por Bermudo al ajustarse la deseada avenencia.

Apénas la nueva Reina ocupó el trono, empezó á hacerse amar de sus pueblos por su piedad y ejemplares virtudes; affigiendo sin embargo bien pronto su corazon nuevos pesares, pues no habia transcurrido un año desde su enlace, cuando vió de nuevo á su hermano y al ambicioso padre de su esposo, empeñados en nuevas contiendas.

Sin mas pretexto el navarro que su ambicion desmedida, volvió á llevar sus armas al territorio de Leon; y no habiendo podido resistirle Bermudo, tuvo que retirarse á Galicia, dejando en poder del insaciable Sancho las ciudades de Astorga y Leon, las Asturias y el Vierzo. Pero donde el hombre no consigue encontrar limite, lo halla la niveladora mano del tiempo: escaso lo llevaba el navarro de gozar tan vasto poder, cuando muerte natural ó violenta <sup>1</sup>, detuvo la carrera del con-

<sup>1</sup> Algunos suponen que murió á mano armada yendo á Asturias á visitar las reliquias y el templo de Oviedo, apoyados en una frase de la *Crónica general* donde se dice, hablando de Don Sancho el mayor: «Matóle un peon en tierra de Asturias.» Los demás historiadores solo dicen que murió *in senectute bona*. La tradicion narra el trágico fin del monarca navarro con novelescos detalles, dándole por origen la venganza de un asturiano, cuya prometida habia sido deshonrada por Don Sancho. La creencia popular supone tuvo lu-